

Luz en el temblor de los lindes

Una lectura de
'Bajo el sol de
los muertos', de
Roberto A. Cabrera

juventud. A su vez, en ese eje conductor se insertan cartas y correos electrónicos enviados a un amigo y a la mujer que quiere y apuntes del diario de Laura Febles, una escritora, especie de *alter ego* del protagonista, a través de la cual este nos muestra su zozobra creativa en su empeño por escribir la novela de su vida.

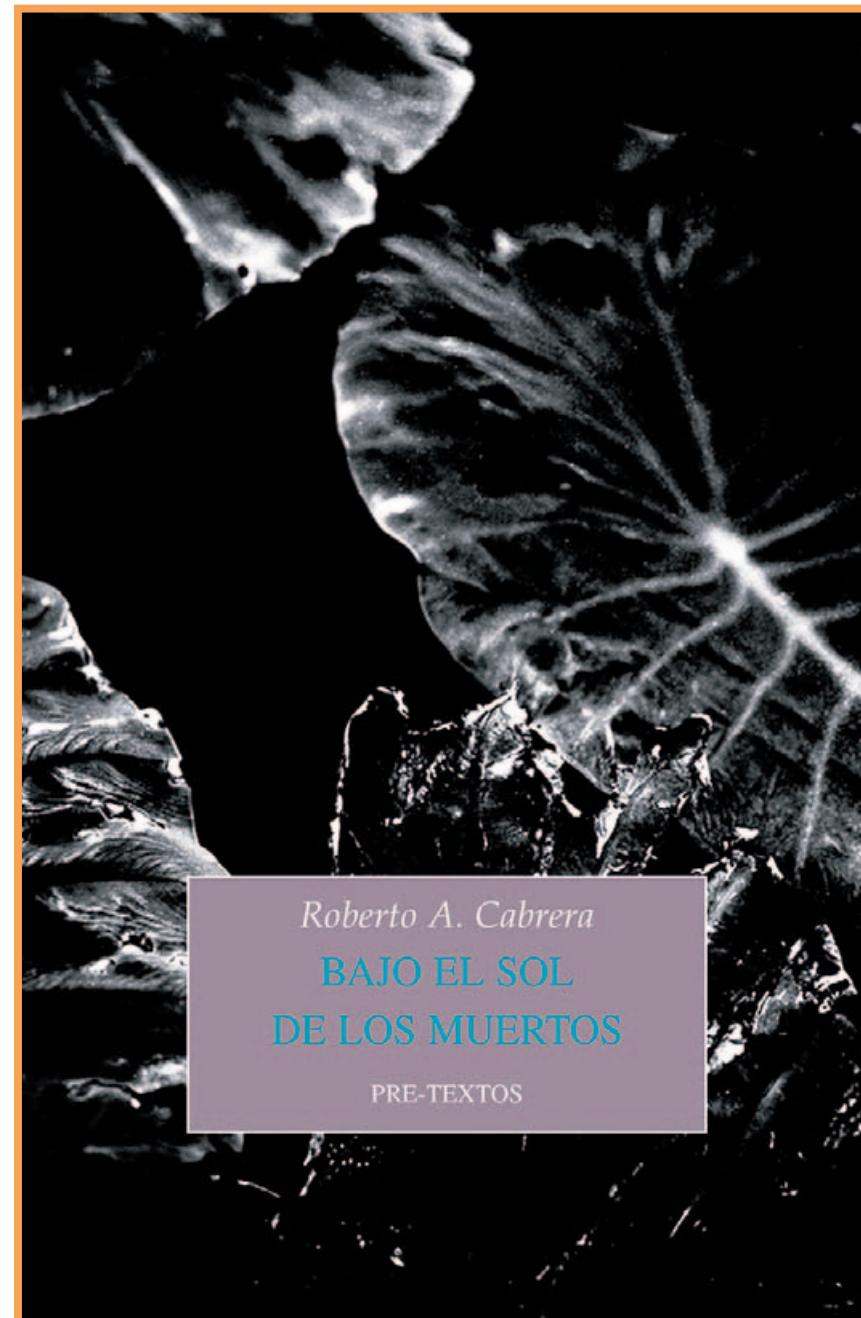
Pero más allá de la aparente dificultad de esa superposición de planos narrativos y saltos espaciales y temporales con que nos topamos en primera instancia, asalta al lector al menos esa fue mi impresión- una sensación permanente de unidad de sentido que se asienta precisamente en la desintegración de todo sentido. Parece como si en los límites, en la ambigüedad e inseguridad de los márgenes, se encontrara el único asidero posible, la única vía para llegar a conocernos, a apropiarnos de nuestro verdadero ser. Hay una imagen recurrente- y destaco aquí la importancia de los elementos simbólicos en la novela- que puede ilustrar esta idea: la hoja de ñame que prospera en el fango, en la podredumbre, que es capaz de sobreponerse a la aniquilación resurgiendo de la destrucción después de una tormenta.

RICARDO HERNÁNDEZ BRAVO (*)

Hace unos meses, cuando Roberto A. Cabrera me pidió que le presentara su novela *Bajo el sol de los muertos*, les confieso que me eché a temblar. Acostumbrado a la brevedad e intensidad de la poesía y conociendo la madurez y el rigor intelectual de su escritura, sabía que enfrentarme a este libro de casi 600 páginas iba a reclamarla la mayor exigencia y obligarme a afinar al máximo mi sensibilidad como lector.

Y ese temblor inicial se confirmó, sí, pero en forma de un escalofrío luminoso a medida que me adentraba en esta novela con vocación de totalidad, una novela mundo construida con fragmentos engarzados con sabia maestría para conseguir ofrecernos una visión descarnada y lúcida del ser y la existencia.

Se trata de una obra compleja que es muchas en una. Se plantea como una novela de aprendizaje: tras el trabajo, el profesor Elías C. regresa del instituto a su casa y el trayecto se convierte en un camino hacia su interior en el que, como hitos de su viaje hacia la madurez, se van intercalando episodios de su infancia, adolescencia y



lector suspendidos en un desasosegante equilibrio entre la desesperanza de encontrar la luz que nos devole y la fe en el sentido que nos guía absurdamente hacia ella.

Sobre la precaria tensión del alambre tendido en el abismo, el inevitable impulso de andar hacia ese sol que nos anuncia el título. La novela se concibe así como camino. Avanza, se va tejiendo, a medida que el protagonista va transitando su senda de autoconocimiento, entre la búsqueda apasionada del sentido de la vida y la conciencia de lo irrealizable de ese afán, entre

el deseo de abarcar el todo y el desengaño, la frustración, el fracaso. Elías C. quiere ser escritor, componer la obra con mayúsculas, pero duda de su capacidad y su talento; su personalidad se va conformando a partir de la descomposición de los modelos: la familia, la religión, la concepción tradicional del amor y la sexualidad. De la impotencia de la falta de certezas, de la necesidad de escribir para adueñarse de su auténtica imagen y la convicción de la inefabilidad de la vida surge la percepción del arte como tabla de salvación, de acuerdo con el concepto nietzscheano del arte como

Roberto A. Cabrera es licenciado en Filosofía por la Universidad de La Laguna. En 1994 coordinó el suplemento literario "Las insólitas extrañas", en el periódico *El Día* (Santa Cruz de Tenerife), donde trabajó como redactor durante un año. Ha obtenido, entre otros premios, el de poesía "Pedro García Cabrera" (1991).

religión, como "auténtica actividad metafísica".

Así, la escritura, la pintura, el cine, la fotografía, la música, las referencias culturales omnipresentes en la novela, nos ofrecen la posibilidad de redimirnos, pero, también, parece ser el suyo un soporte inestable. Tenemos entonces la impresión de estar ante un puzzle que se arma y desarma constantemente de modo que el único sentido posible es el mero intento de colocar las piezas, la firme voluntad de volcarse en el proceso de componer ese puzzle.

Novela fronteriza, apuntaba, tanto en el fondo, pues crece en los lindes-si los hay-de pensamiento y poesía; como en su forma, dado el carácter experimental de su estructura; e incluso en sus personajes (el pintor, el músico, por ejemplo, son personajes solitarios, libres y contradictorios que se mueven en el margen y están próximos a la luz del verdadero ser, ese "sol de los muertos").

En cuanto a lo primero, diría que es una novela, no que se lee, que se escucha como un poema; por la intensidad, por el deseo de contener el todo, por la tersura de una palabra certera que penetra en el misterio de las cosas, por la música de una prosa que alterna pasajes de depurado lirismo con otros de fraseo ágil, incisivo, noqueador, que se demora en la reflexión filosófica o en la descripción minuciosa de los detalles aparentemente insignificantes, pero capaces de esconder una honda revelación.

Con respecto a la forma, el ingente y meticuloso trabajo de construcción que intuimos detrás de ese armazón de la novela, hecho de cartas, anotaciones de diario, recuerdos de la infancia y adolescencia, consigue obrar el milagro de transportar al lector con una sorprendente agilidad y ligereza y de arrastrarlo en volandas por sus